



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

Domingo 11 de enero de 2015

Multimedia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy celebramos la fiesta del Bautismo del Señor, que concluye el tiempo de Navidad. El Evangelio describe lo que sucede a orillas del Jordán. En el momento en que Juan Bautista confiere el bautismo a Jesús, *el cielo se abre*. «Apenas salió del agua —dice san Marcos—, vio rasgarse los cielos» (1, 10). Vuelve a la memoria la dramática súplica del profeta Isaías: «¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!» (Is 63, 19). Esta invocación fue escuchada en el acontecimiento del Bautismo de Jesús. Y de este modo termina el tiempo de los «cielos cerrados», que indican la separación entre Dios y el hombre, consecuencia del pecado. El pecado nos aleja de Dios e interrumpe el vínculo entre la tierra y el cielo, determinando así nuestra miseria y el fracaso de nuestra vida. Los cielos abiertos indican que Dios ha donado su gracia para que la tierra dé su fruto (cf. *Sal* 85, 13). Así, la tierra se convirtió en la morada de Dios entre los hombres y cada uno de nosotros tiene la posibilidad de encontrar al Hijo de Dios, experimentando, de este modo, todo el amor y la infinita misericordia. Lo podemos encontrar realmente presente en los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía. Lo podemos reconocer en el rostro de nuestros hermanos, en especial en los pobres, enfermos, presos y refugiados: ellos son carne viva del Cristo que sufre e imagen visible del Dios invisible.

Con el Bautismo de Jesús no sólo se rasgan los cielos, sino que Dios habla nuevamente haciendo *resonar su voz*: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco» (*Mc* 1, 11). La voz del Padre proclama el misterio que se oculta en el Hombre bautizado por el Precursor.

Y luego la venida del *Espíritu Santo*, en forma de paloma: esto permite al Cristo, el Consagrado

del Señor, inaugurar su misión, que es nuestra salvación. El Espíritu Santo: el gran olvidado en nuestras oraciones. Nosotros a menudo rezamos a Jesús; rezamos al Padre, especialmente en el «Padrenuestro»; pero no muy frecuentemente rezamos al Espíritu Santo, ¿es verdad? Es el olvidado. Y necesitamos pedir su ayuda, su fortaleza, su inspiración. El Espíritu Santo que animó totalmente la vida y el ministerio de Jesús, es el mismo Espíritu que hoy guía la vida cristiana, la existencia de un hombre y de una mujer que se dicen y quieren ser cristianos. Poner bajo la acción del Espíritu Santo nuestra vida de cristianos y la misión, que todos recibimos en virtud del Bautismo, significa volver a encontrar la valentía apostólica necesaria para superar fáciles comodidades mundanas. En cambio, un cristiano y una comunidad «sordos» a la voz del Espíritu Santo, que impulsa a llevar el Evangelio a los extremos confines de la tierra y de la sociedad, llegan a ser también un cristiano y una comunidad «mudos» que no hablan y no evangelizan.

Recordad esto: rezar con frecuencia al Espíritu Santo para que nos ayude, nos dé fuerza, nos dé la inspiración y nos haga ir adelante.

Que María, Madre de Dios y de la Iglesia, acompañe el camino de todos nosotros bautizados, nos ayude a crecer en el amor a Dios y en la alegría de servir al Evangelio, para dar así sentido pleno a nuestra vida.

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos.

Con agrado saludo al grupo de estudiantes de Estados Unidos, así como a la Asociación de laicos Amor Misericordioso. Hay tanta necesidad hoy de misericordia, y es importante que los fieles laicos la vivan y la lleven a los diversos ambientes sociales. ¡Adelante! Nosotros estamos viviendo el tiempo de la misericordia, este es el tiempo de la misericordia.

Mañana por la tarde partiré para un [viaje apostólico en Sri Lanka y Filipinas](#). Gracias por vuestro deseo en ese cartel, ¡muchas gracias! Y os pido por favor que me acompañéis con la oración y pido también a los esrilanqueses y a los filipinos que están aquí en Roma que recen especialmente por mí en este viaje. ¡Gracias!

Deseo a todos un feliz domingo, aunque haya mal tiempo, pero un feliz domingo. Y hoy es también un día para recordar con alegría el propio Bautismo. Recordad lo que os he pedido, buscar la fecha del Bautismo, así cada uno de nosotros podrá decir: yo fui bautizado tal día. Que

hoy esté presente la alegría del Bautismo.

No olvidéis rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta la vista!

©Copyright - Libreria Editrice Vaticana